



El Espíritu Santo provoca la oración de alabanza

Hugo Estrada

Cuando el salmista David comienza uno de sus salmos diciendo: "Abre, Señor, mis labios y mi boca proclamará tu alabanza" (Sal 51, 7), está señalando algo básico con respecto a la oración de alabanza. Nosotros no tenemos una varita mágica para iniciar cuando queramos la oración de alabanza. Necesitamos que Dios "abra nuestros labios" por medio del Espíritu Santo para poder alabarlo. No basta la voluntad humana. Sólo Dios tiene la "llave" que nos permite alabarlo. Esa llave es el Espíritu Santo. Bien lo afirma san Pablo cuando nos revela que nosotros, por nuestra debilidad, no somos

capaces de decir ni siquiera: "Jesús es el Señor", si no es por la acción del Espíritu Santo en nosotros (1 Cor 12,3).

Cuando David dice, en el salmo 40: "Puso en mi boca un canto nuevo", está reafirmando lo mismo: es Dios el que pone en nuestros labios la alabanza por medio del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo el encargado de provocar en nosotros la oración de alabanza, que le agrada sobremanera a Dios.

El profeta Jeremías cuenta su experiencia. El Señor le ordenó que les hablara a unos "huesos secos". El profeta obedeció: los huesos comenzaron a moverse y a revestirse de carne. El Señor le indicó al profeta que le faltaba algo: tenía que invocar al "Ruah", al Espíritu, para que "soplara" sobre los huesos secos. Cuando el profeta invocó al Espíritu, los huesos secos se convirtieron en el ejército del pueblo de Dios. (Ez 37, 1-11). En la Biblia, el

"Ruah" es el viento fuerte en movimiento, que indica la presencia del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo, el "dador de vida", el que hace que las palabras congeladas en nuestro corazón sean calentadas y se conviertan en jubilosa alabanza. De esta manera, se realiza la promesa del Señor: "Yo haré entrar mi Espíritu en ustedes y vivirán" (Ez 37, 5). Por eso lo primero que debemos hacer, al intentar alabar a Dios, es invocar al Espíritu Santo para que caliente nuestro corazón y brote la oración de alabanza.

La fuerza del "Ruah"

Pentecostés fue la manifestación arrolladora del Espíritu Santo, que llevó a los apóstoles y discípulos a una expresiva alabanza, tan efusiva y desbordante, que algunos llegaron a creer que los discípulos estaban pasados de copas de vino. La oración de alabanza, que provoca el Espíritu Santo, se ha comparado a una mística embriaguez. En Pentecostés, Pedro se vio en la obligación de explicar lo qué estaba suce-

diendo. Se cumplía lo que había dicho el profeta Joel, que en los últimos tiempos el Espíritu Santo se derramaría abundantemente por medio de signos carismáticos. (Hch 2). Según San Agustín, los últimos tiempos se inician con la venida de Jesús; nadie sabe la fecha de su término.

Una mujer samaritana le preguntó a Jesús que cuál era el lugar indicado para poder adorar a Dios. Jesús le dio una respuesta indiscutible; le dijo: "Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y Verdad" (Jn 4, 23). Los comentaristas de la Biblia escriben con mayúscula Espíritu, ya que, como señala Raymond Brown, aquí "no se refiere al espíritu del hombre, sino al Espíritu de Dios".

Jesús dijo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba... del interior del que crea en mí brotarán ríos de agua viva" (Jn 7, 39). San Juan explica que esos ríos de agua viva significan al Espíritu Santo. Esos ríos de agua viva denotan la vida abundante, que Jesús prometió a los que creyeran en él. Esa vida abundante se manifiesta por medio de la oración de alabanza, que exteriorizan los ríos de agua viva, que el Espíritu Santo hace brotar en los corazones. Escribe Raymond Brown: "El Espíritu eleva a los hombres por encima del suelo y de la carne y los capacita para adorar adecuadamente.

En la casa de Isabel

La Virgen María, que acababa de ser llenada del Espíritu santo, fue a visitar a su anciana prima Isabel. La sola presencia de Jesús en el seno de la Virgen María hizo que Isabel quedara también llena del Espíritu Santo. María, al ver las maravillas que Dios obraba, explotó en un bello himno de alabanza, que conocemos

con el nombre de Magnificat, que significa: "Mi alma alaba al Señor". Al punto, Isabel también se unió al canto de María. Las dos mujeres formaron un dúo armónico en alabanza al Señor. Seguramente se pusieron a danzar, al estilo judío, como se acostumbraba en momentos jubilosos como el que estaban viviendo.

Isabel, llena del Espíritu, le dijo a la Virgen María: "Bienaventurada tú, que has creído todo lo que se te ha dicho" (Lc 2, 45). Sin una fe fuerte



Creer con el corazón

no puede haber oración de alabanza. Mientras María e Isabel desbordaban en alabanzas a Dios, el esposo de Isabel, Zacarías, permanecía mudo. No podía unirse al dúo de alabanza de las dos mujeres. Zacarías estaba pasando por una crisis espiritual. Por medio de un ángel, el Señor le había anunciado que su estéril esposa iba a tener un hijo. Zacarías no logró creer en la buena noticia que, de parte de Dios, le traía el ángel. Alegó que su esposa era ya muy anciana. Que ya no era posible. Debido a su falta de fe, el ángel le indicó que iba a quedar mudo (Lc 2,20)

Un mudo que canta

La mudez de Zacarías fue un largo desierto a través del cual el sacerdote se dio cuenta de que su fe era puramente intelectual. No del corazón. Su religión se había convertido en "ritualismo". Le faltaba el gozo del Espíritu Santo. Cuando nació el hijo anunciado, Juan Bautista, Zacarías experimentó el amor de Dios por medio del Espíritu Santo. En ese momento se le soltó la lengua y comenzó a entonar uno de los preciosos himnos de alabanza de la Biblia, que, en latín se llama "Benedictus", "Bendito". Ahora, Zacarías ya no adoraba a Dios sólo con la mente; ahora tomaba parte también su corazón. El Espíritu Santo lo había llevado a cantar una bella alabanza con el corazón henchido de júbilo.

Es peligroso, que como Zacarías, seamos escrupulosos en cumplir con todas las normas litúrgicas, pero que lo hagamos sin la unción del Espíritu santo. San Pablo escribió. "Si confiesas con tus labios que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó, te salvarás. Porque cuando se cree con el corazón actúa la fuerza salvadora de Dios" (Rom 10, 9). Una fe puramente "intelectual" nos lleva, como a Zacarías, a una fría religión ritualista. Debemos invocar la presencia fuerte del Espíritu Santo para que nuestra oración

no sea ritualista, sino se exprese en jubilosa oración de alabanza.

La Virgen María, llena del Espíritu Santo, dijo: "Mi alma alaba al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador" (Lc 1.47). María alaba a su salvador, a quien lleva en su seno. Glorifica a Jesús. Isabel, llena del Espíritu Santo, le dice a María: "Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" (Lc 1,42). El Espíritu Santo mueve a Isabel a alabar el "bendito fruto del vientre de María". Isabel es llevada por el Espíritu santo a glorificar a Jesús.

